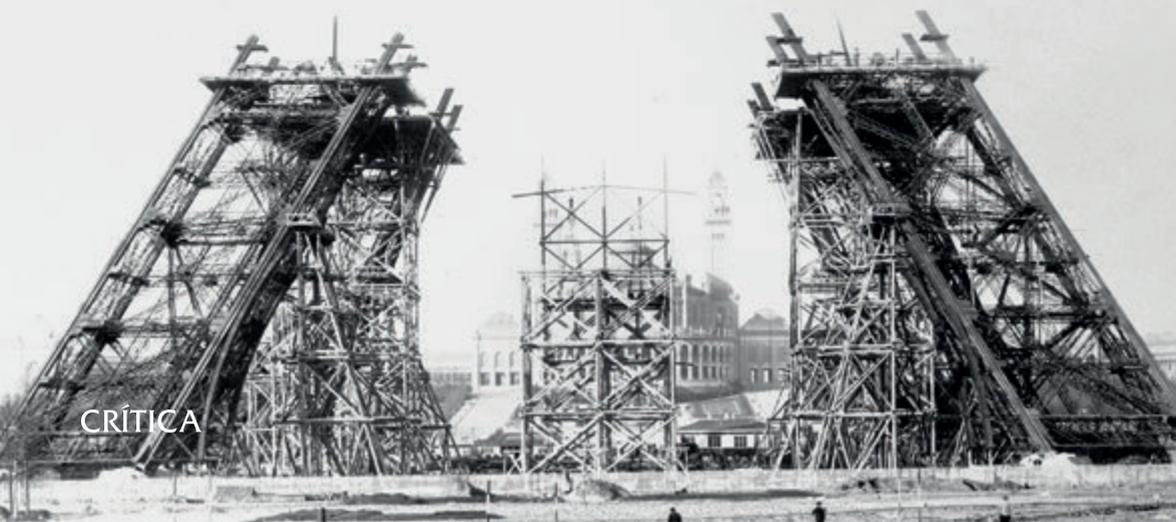


**RICHARD J. EVANS**

**LA LUCHA POR  
EL PODER**

**EUROPA**

**1815-1914**



CRÍTICA

RICHARD J. EVANS

LA LUCHA POR  
EL PODER

Europa 1815-1914

Traducción castellana de  
Juan Rabasseda

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: septiembre, 2017

*La lucha por el poder*  
Richard J. Evans

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Pursuit of Power. Europe 1815-1914*

© Richard J. Evans, 2016

© de la traducción, Juan Rabasseda, 2017

© de los mapas, Andras Bereznay, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-17067-23-6  
Depósito legal: B. 15271 - 2017  
2017. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

## Capítulo 1

# LOS LEGADOS DE LA REVOLUCIÓN

### CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

En un momento dado, a finales de la década de 1820 o comienzos de la de 1830 —la fecha es insegura—, en la ciudad de Ellwangen, al suroeste del estado alemán de Wurtemberg, el cantero Jakob Walter (1788-1864) se sentó a escribir sus memorias. Había sido reclutado como simple soldado de infantería para formar parte de la Grande Armée del emperador francés Napoleón Bonaparte (1769-1821); con ella había marchado hasta Moscú y con ella había regresado. En una prosa vigorosa, pero sencilla, Walter recordaría los terribles sufrimientos que había padecido durante la retirada del Ejército en los últimos meses de 1812. Acosado constantemente por los cosacos, obligado a buscar cualquier cosa que llevarse a la boca, aterido, sucio y hambriento, asaltado por bandoleros, y después de escapar por los pelos a la muerte en varias ocasiones, Walter logró sobrevivir a todo aquel espanto. Cuando finalmente, por vez primera después de varias semanas, halló un alojamiento como es debido en una ciudad polaca, pudo lavarse:

...El lavado de las manos y la cara procedió con gran lentitud, pues en manos, orejas y nariz se me había formado una costra, como si fuera la corteza de un pino, con grietas y escamas negras igual que el carbón. Mi cara se parecía a la de un campesino ruso de hirsuta barba; y, cuando me miré al espejo, quedé asombrado de la extraña apariencia de mi rostro. Estuve, pues, lavándome una hora con agua caliente y jabón.

No obstante, todos los intentos que llevó a cabo para librar de piojos («mis “soberanos”») a su persona y sus ropas resultaron inútiles. Cami-

nando sin cesar hacia el oeste en compañía de su unidad, empezó a padecer unas fiebres, con toda probabilidad tifus, y tuvo que ser llevado en carreta todo el resto del camino. Unos 100 de los 175 hombres que formaban parte de su convoy de carros no fueron capaces de sobrevivir al viaje. Cuando, todavía comido de piojos, llegó por fin a su tierra natal, Walter pensó que sus parientes no sabrían reconocerlo: «Hice mi entrada con un abrigo ruso, negro como el hollín, un viejo sombrero redondo, y por debajo de mis ropas y entre sus pliegues, un número incontable de compañeros de viaje, entre los cuales había rusos, polacos, prusianos y sajones». Por fin pudo lavarse como es debido, deshacerse de sus ropas infestadas de piojos, y empezar la lenta recuperación de su salud. Los habitantes de la localidad empezaron a llamarlo «el Ruso, como éramos llamados todos los que habíamos estado en ese país alguna vez».

Como la inmensa mayoría de los europeos normales y corrientes de la época, Walter tenía poco o nulo interés por la política, y de hecho ningún conocimiento de ella. Había sido reclutado por las autoridades del estado de Wurtemberg, reino títere de los franceses, en 1806 y posteriormente había sido llamado de nuevo a las armas en 1809 y en 1812. No había tenido más remedio que obedecer, como muchos cientos de miles de soldados de la época, obligados a prestar servicio militar. Su diario no da muestras de ningún compromiso con la causa de los franceses, ni siquiera con la de Wurtemberg, no refleja ningún interés por el resultado de la guerra, ningún odio por los rusos ni ningún deseo de matarlos. Como soldado de infantería corriente y moliente parece que no tenía mucho conocimiento de las cuestiones estratégicas que se escondían tras las campañas en las que estaba participando. Todo lo que a Walter le interesaba realmente era sobrevivir a la horrorosa experiencia a la que había sido sometido sin querer. El ímpetu de las tropas francesas que se habían levantado victoriosamente frente a los ejércitos contrarrevolucionarios de los austríacos a comienzos de la década de 1790 cantando «La Marsellesa», hacía tiempo que había desaparecido. Por aquel entonces solo un pequeño número entre los soldados de Napoleón, como, por ejemplo, la élite de la Guardia Imperial, seguían motivados y comprometidos con su causa. El hartazgo de la guerra que se deja sentir en todo momento en el diario de Walter era experimentado de forma general en la totalidad de Europa, y con razón: casi un cuarto de siglo de guerra más o menos continuada había dejado a toda la población anonadada, sumida en el sufrimiento y la desesperación. Si Jakob Walter tenía algún tipo de compromiso con algo era con su poderosa fe católica, que lo sostuvo durante aquella terrible experiencia, aun-

que ello no le impidiera reflejar con un detalle sumamente gráfico los efectos cada vez más deshumanizadores que tenía el conflicto sobre los participantes en él.

Tras regresar a su país natal, Jakob Walter reemprendió una vida carente por completo de relieve como cantero. Se casó en 1817 y la pareja tuvo diez hijos. Cinco de ellos seguían vivos en 1856, cuando Jakob, a la sazón próspero capataz y maestro de obras, escribió una carta dando noticias de su familia a un hijo suyo, que había emigrado a América y vivía en Kansas. Al año siguiente, el joven volvió a Alemania a visitar a sus padres, y se casó con una chica de la zona, hija del alcalde de una localidad próxima a Ellwangen. Según la tradición familiar, se llevó consigo el manuscrito de las memorias de su padre a su regreso a Kansas en 1858. Allí permaneció el documento, en poder de la familia, hasta que fue puesto a disposición de los estudiosos a comienzos de los años treinta. En cuanto a Jakob Walter, siguió viviendo en Ellwangen unos cuantos años más, hasta su muerte, acaecida en 1864; su esposa lo sobrevivió y murió en 1873. Casi todo lo que lo rodeó sigue siendo un misterio para nosotros, como las vidas de los incontables habitantes de las zonas rurales de Europa durante el siglo XIX: solo sus experiencias en la desdichada expedición de la Grande Armée a Moscú, el hecho de que, a diferencia de la mayor parte de los que participaron en ella, sobreviviera a tan terrible experiencia, y las circunstancias fortuitas, fueran cuales fuesen, que lo indujeron a poner por escrito esas vivencias, elevan a Jakob Walter por encima de la oscuridad en la que habitualmente vivió la inmensa mayoría de los europeos.

En el camino de vuelta desde Moscú, Jakob Walter llegó a vislumbrar la figura del propio Napoleón, mientras comía sentado al aire libre a orillas del río Berézina. No quedó demasiado impresionado:

...Veía pasar ante él a su ejército en unas condiciones verdaderamente lamentables. Resulta imposible conjeturar lo que pudiera sentir en su corazón. Su aspecto externo parecía indiferente, como si no le preocupara la miseria de sus soldados; solo quizá la ambición y el honor perdido le hicieran sentir algo en el corazón; y aunque los franceses y los aliados le gritaran al oído múltiples juramentos y profirieran maldiciones contra su persona, culpable como era de tantas desgracias, podía seguir escuchándolos sin conmoverse.

En aquella fase de la desastrosa retirada de Moscú, la mayoría de las tropas de Napoleón que habían logrado sobrevivir no sentían por él más que odio y desprecio. Arrancados de su vida doméstica por el insaciable

motor de la máquina reclutadora del ejército del imperio francés, 685.000 soldados originarios de Alemania, Polonia, Italia y Francia —estos últimos constituían menos de la mitad del contingente total— habían marchado a Rusia; habían vuelto menos de 70.000, dejando tras de sí 400.000 muertos y más de 100.000 prisioneros de los rusos, aparte de un número desconocido de rezagados y desertores que realizaron el viaje de regreso sin que se tenga constancia de él. Ulteriores batallas, en las que Napoleón fue obligado a seguir reculando por una coalición de ejércitos europeos capitaneados por ingleses, prusianos, austríacos y rusos, causaron una carnicería aún mayor. Por último, en 1814, los aliados lograron ocupar París, y obligaron a Napoleón a exiliarse a la isla de Elba, en el Mediterráneo.

Se ha solido pensar que el daño infligido por las guerras de la Revolución Francesa y por las campañas napoleónicas fue relativamente menor, comparado con la devastación provocada por otros conflictos posteriores. Pero en total, en los veintitrés años de guerra más o menos continuada que asoló de punta a punta el continente europeo a raíz de la Revolución Francesa, se calcula que perdieron la vida unos cinco millones de personas; comparada con la población de Europa en su conjunto, esta cifra sería proporcionalmente semejante, si no superior, a la de los muertos de la primera guerra mundial. Uno de cada cinco franceses nacidos entre 1790 y 1795 pereció durante estos conflictos. Los ejércitos de Napoleón perdieron en total alrededor de un millón y medio de hombres o más. Moscú había sido incendiada y arrasada por los propios rusos para impedir que el enemigo utilizara sus recursos para pasar el invierno. Durante tres días, como observó un testigo, «la ciudad entera fue devorada por el fuego, espesas llamaradas de diversos colores desdibujaban el horizonte enviando en todas direcciones una luz cegadora y un calor violentísimo». En medio de aquel caos, los soldados franceses habían saqueado todo lo que había caído en sus manos, uniéndose al pillaje muchos campesinos que llegaron a la ciudad desde las zonas rurales de los alrededores. Cuando los incendios fueron extinguidos, las ruinas chamuscadas de la ciudad quemada no habían bastado para ofrecer al ejército de Napoleón el abrigo y la comida necesarios para pasar el invierno. Casi 7.000 de las poco más de 9.000 casas de la ciudad, más de 8.000 tiendas y almacenes, y más de un tercio de las 329 iglesias de Moscú habían quedado totalmente destruidas. Se habían perdido propiedades privadas por valor de casi 270 millones de rublos sin posibilidad de compensación alguna. Muchos civiles habían huido, y la mayoría de los que se quedaron habían abandonado posterior-

mente la ciudad, enfrentándose a una vida de vagabundeo e indigencia. Solo se quedó el 2 % de la población, y una gran proporción de ella, incluidos numerosos soldados, no pudo sobrevivir. Cuando los rusos volvieron a ocupar finalmente Moscú, se vieron obligados a amontonar más de 12.000 cadáveres en unas piras enormes para quemarlos. La reconstrucción de la ciudad no empezó propiamente hasta 1814, surgiendo parques y jardines donde antes había habido un laberinto de calles estrechas, así como un nuevo gran palacio para el zar. Durante más de una generación Moscú fue un gran solar; la comisión creada para supervisar la reconstrucción de la ciudad no se disolvió hasta 1842, e incluso entonces Moscú tendría mucho camino por recorrer antes de que pudiera recuperar su antiguo esplendor.

Mientras tanto en España, numerosos pueblos y ciudades habían sido devastados en el curso de asedios y batallas campales. Puerto Real, ocupada por los franceses durante los dos años que se prolongó el sitio de Cádiz entre 1810 y 1812, había perdido la mitad de su población de 6.000 habitantes; el 40 % de sus edificios había sido destruido, así como tres cuartas partes de sus olivares y la mayor parte de los bosques de pinos que la rodeaban. Muchas poblaciones de España no volvieron a recuperarse nunca. En todas partes la depredación de los franceses había provocado una estrepitosa disminución del número de vacas, caballos, cerdos y ovejas. Extremadura había perdido casi el 15 % de la población que tenía antes de la guerra. Francisco de Goya (1746-1828) captó las realidades del conflicto en ochenta y dos grabados que en conjunto llevan por título *Los desastres de la guerra*. Inéditos hasta la década de 1860, mostraban escenas horrorosas de violaciones, saqueos, mutilaciones y carnicería en general. En uno de ellos, se ve un cadáver que se levanta de su ataúd sujetando en la mano una hoja de papel en la que pone «Nada», la palabra elegida por el pintor para resumir el resultado final de tantos amargos años de conflicto.

En Renania, las repetidas turbulencias provocadas por las tropas francesas a lo largo de los años privaron a los campos de sus cosechas, a las granjas de sus ganados, y a las ciudades y pueblos de sus víveres. Las feroces exacciones económicas impuestas por los franceses a los habitantes de la región habían contribuido a engrandecer su imagen general de rapacidad y codicia. El daño había sido infligido al comienzo del conflicto, pero sus efectos fueron muy duraderos. Al volver de la zona allá por 1792, un agente francés había hecho saber que «no se han dejado ni los medios de subsistencia más vitales, ni animales ni semillas, y también se han ro-

bado en los pueblos muchos otros objetos». Habían empezado a rondar por los campos bandas de malhechores vestidos de soldados franceses, que de ese modo pretendían engañar a sus víctimas, lo que nos da a entender que los habitantes de la zona estaban habituados a las violaciones y a los actos de pillaje y de destrucción llevados a cabo por las fuerzas de ocupación. De hecho, cuando los ejércitos franceses llegaron a Aquisgrán, lo primero que hicieron fue despojar a la ciudad y a los campos circundantes del grano, el forraje, los tejidos, el ganado y casi todo tipo de bienes muebles; cientos de habitantes de la comarca murieron de hambre en cuanto el invierno empezó a dejar sentir sus efectos.

No solo los franceses, sino también otros ejércitos, habían estado viviendo de la tierra, entregándose a su paso al saqueo y al pillaje. Todos ellos habían hecho esfuerzos heroicos por organizar el suministro de los productos esenciales, y durante el período 1812-1814 al menos, el creciente sentimiento patriótico surgido entre las naciones aliadas había asegurado que nobles, comerciantes y simples labradores realizaran cuantiosas aportaciones voluntarias de muchos tipos al esfuerzo de guerra. Pero, dada la enorme magnitud de los combates, pocas veces había bastado con eso. El ejército ruso había organizado su propio aprovisionamiento básico de comida, transportado a través de larguísimas líneas de comunicación que se habían tensado casi hasta el límite a medida que las tropas habían ido avanzando más y más hacia el oeste en 1813-1814. No obstante, esos suministros consistían en poco más que pan negro y los ingredientes básicos para elaborar unas simples gachas o papilla de harina, de modo que las tropas se habían visto obligadas a buscar otras cosas más variadas y sabrosas que comer robándolas, a veces a sus propios aliados. Alimentar a los cientos de miles de animales que montaban los soldados de caballería, que arrastraban las piezas de artillería de campaña y los carros de suministros, había planteado a todos los ejércitos implicados en la guerra un problema especial, y se habían formado cuadrillas de forrajeadores obligados a desplazarse en todas direcciones en busca de avena y otros tipos de pienso. Cuando los rusos habían entrado en Francia, pueblos enteros habían quedado destruidos en el curso de los combates. Los campesinos habían huido a los bosques, como por lo demás estaban ya acostumbrados a hacer para escapar de los agentes de Napoleón encargados de reclutar soldados, reapareciendo de vez en cuando para asaltar los convoyes de aprovisionamiento de los aliados a lo largo de los caminos. Tras la batalla de Waterloo, unos 900.000 soldados extranjeros ocuparon Francia, causando con sus exacciones y requisas una penuria económica generalizada.

La naturaleza no contribuyó demasiado al proceso de recuperación. En abril de 1815 la gigantesca erupción del volcán Tambora, en la isla de Sumbawa, en la actual Indonesia, la más grande que había conocido la historia, lanzó a la atmósfera una inmensa nube de polvo de más de cuarenta kilómetros de altura. El ruido se oyó a más de dos mil kilómetros de distancia. Enormes cantidades de azufre fueron catapultadas a la estratosfera, donde las diminutas partículas permanecieron suspendidas más de dos años, oscureciendo los cielos y creando unos crepúsculos anaranjados espectaculares. «La mañana llegó, y se fue, y llegó —escribió George Gordon, Lord Byron (1788-1824)—, y no trajo consigo el día.» En Hungría en enero de 1816 cayó nieve de color marrón, y se dice que hubo casas enteras que desaparecieron tras la ventisca. La erupción del Tambora se produjo en medio de una década de veranos fríos que había dado comienzo en 1811, causada por los cambios de emisión de energía térmica del Sol y la circulación de sistemas frontales alrededor de la Tierra, y por otra gran erupción volcánica anterior que había tenido lugar en Colombia en 1808. A finales de 1816 era evidente que el producto de las cosechas había disminuido en muchas zonas a poco más de una cuarta parte de los niveles normales, y el tiempo de la siega, fuera la que fuera, llegaba un mes más tarde de lo habitual. En los Países Bajos las violentas tormentas de verano infligieron más daños todavía a las cosechas. «Se han recibido, procedentes de todos los rincones del continente, melancólicos informes acerca de la insólita pluviosidad de la estación —decía un periódico inglés en julio de 1816—. En varias provincias de Holanda, las ricas tierras de pastos se hallan en estos momentos bajo el agua, y naturalmente se teme y se recela que sobrevengan escaseces y alzas de precios. En Francia, el interior del país ha sufrido mucho a causa de las inundaciones y las cuantiosas lluvias.» El Observatorio de París registró unas temperaturas estivales 5,4 grados Fahrenheit inferiores a la media del período 1740-1870, y en algunas zonas las uvas no habían madurado todavía a la llegada del invierno.

«Todas las tormentas del pasado verano —afirmaba un anuario compilado en Wurtemberg en 1817— fueron seguidas del frío más riguroso, como el que habitualmente se siente en el mes de noviembre.» En la cuenca baja del Rin el río permaneció fuera de su cauce cinco meses enteros, y en Lombardía-Véneto el terreno seguía cubierto de nieve en mayo. Las heladas tempranas durante el otoño causaron ulteriores daños. Los labradores de Carintia fueron incapaces de sembrar los cereales de invierno por tercer año consecutivo, y la cosecha de grano de 1817 en el estado de

Baden, al suroeste de Alemania, se contaba que había sido la peor desde que se tenía memoria. Según se hizo saber, en el sureste de Europa el crudo invierno de 1815-1816 mató a más de 24.000 ovejas en el condado de Bač, en Voivodina, mientras que las continuas lluvias de los comienzos de la primavera dieron lugar a una «gran inundación, sobre todo a causa del Danubio», como registraron los cronistas del monasterio franciscano de Šarengrad. «Nadie, ni los más viejos, recordaba que hubiera habido una crecida semejante con anterioridad. Las aguas inundaron muchos pueblos a este lado y al otro del Danubio, tierras de cultivo y campos de heno ... La altura del agua llegó a ser la de un hombre.» El párroco de la aldea croata de Žminj calificó al año 1816 de «fatal»:

...debido a las frecuentes lluvias y al mal tiempo en general, fue tan estéril que muchos ciudadanos no pudieron preparar unas reservas de cereales suficientes para que les duraran medio año, y a algunos no les alcanzaron ni siquiera para dos meses ... Ya en el mes de marzo, la gente empezó a verse afectada por el Hambre Negra; pero todos se apoyaron unos a otros mientras tuvieron algo que comer ... Aunque esta situación duró poco ... Reducidos a la más absoluta miseria, andaban vagando por ahí hasta que caían muertos, unos en su casa, otros por las calles y los caminos, otros en los bosques, etc.

Para Croacia, el año 1816 y sobre todo 1817 fueron la época de la «gran hambruna». Los precios del grano llegaron a ser entre dos y tres veces superiores a los de cinco años después. La guerra había dañado mucho las comunicaciones, de modo que resultó muy difícil organizar el envío de auxilios. Esta calamidad climática global provocó, pues, las peores cosechas que conocería Europa en más de un siglo; y se produjo cuando el continente se esforzaba por recuperar su comercio y su industria tras los trastornos de las guerras de la Revolución Francesa y de las posteriores guerras napoleónicas. El bloqueo británico y el contrabloqueo napoleónico, llamado Sistema Continental, habían causado la ruina del comercio del continente, pero también del Reino Unido, cortando las comunicaciones de los mercados y dejando sin trabajo a miles de personas. Se decía que a finales de 1816 había entre 20.000 y 30.000 tejedores sin empleo en el distrito londinense de Spitalfields, y podía observarse una situación similar en las ciudades textiles de Sajonia, Suiza y los Países Bajos. Cientos de miles de soldados como Jakob Walter fueron desmovilizados al término de la guerra, y de ese modo pasaron a engrosar los ejércitos, por otra parte ya numerosísimos, de desempleados.

Al mismo tiempo que la población sufría una grave pérdida de ingresos, la catastrófica cosecha de 1816 hizo que el precio del grano aumentara vertiginosamente. El pan era el alimento básico de la mayoría de la gente, y en París costaba en 1817 el doble de lo que costaba el año anterior. En la gira que llevó a cabo por Renania en 1817, el oficial del ejército prusiano y teórico militar Carl von Clausewitz (1780-1831) notó «una completa caída de la cosecha en todo el sur y el oeste de Alemania», situación que desembocó en una «auténtica hambruna». Clausewitz vio «figuras desoladas, que a duras penas parecían hombres, merodeando por los campos en busca de comida entre las patatas sin recoger y ya medio podridas, que no podían madurar». En los montes de la Lombardía, gobernada por los Habsburgo, los pobres vivían de raíces y hierbas. Se calcula que en Transilvania y en las provincias orientales de Hungría las muertes por hambre ascendieron a más de 20.000. El emperador Francisco I de Habsburgo (1768-1835) se lamentaba de que en una zona de Lombardía «la miseria se había hecho tan aguda que la población se había visto reducida a seguir una dieta de lechuga y sopa de hierbas, y muchos días no tenía nada que comer en absoluto».

En estas severísimas circunstancias, los más pobres se vieron obligados a mendigar, a robar o a huir a las ciudades en busca de comida. En Múnich, observaba un testigo de los hechos a finales de 1816, «aparecían mendigos que surgían por todas partes, como si salieran de debajo de la tierra». Se decía que Hungría había sido «invadida por bandas de mendigos», mientras que en Roma y Viena la policía empezó a efectuar redadas con regularidad para sacarlos de las calles y colocarlos en proyectos de obras públicas. «El número de mendigos, en su mayoría mujeres y niños —escribía un visitante del cantón suizo de Appenzell en junio de 1816—, es absolutamente escandaloso.» «Tenían en sus mejillas —reseñaba otro observador— la palidez de la muerte.» Muchos pobres tomaron la drástica decisión de abandonar Europa, ayudados por las autoridades locales que estaban encantadas de deshacerse de ellos: más de 2.000 personas abandonaron Baden con destino a Río de Janeiro en 1818; se dijo que 20.000 alemanes y 30.000 franceses marcharon a Estados Unidos en 1817; ese mismo año, más de 9.000 habitantes empobrecidos de Wurtemberg hicieron el largo trayecto a pie hacia el este, en dirección al imperio ruso, en respuesta a las promesas de apoyo hechas por el zar Alejandro I (1777-1825). El movimiento masivo de seres humanos a través de grandes extensiones de territorio trajo consigo enfermedades epidémicas, especialmente en las condiciones absolutamente insalubres en las que los ejércitos y las bandas de

emigrantes sin recursos y de mendigos menesterosos subsistían en una época anterior a la introducción de las precauciones higiénicas más elementales y de los remedios a base de antibióticos. Las muertes ocasionadas por la viruela se cuadruplicaron en París entre 1816 y 1818, y también en los Países Bajos estalló una gran epidemia. La desnutrición debilitaba la capacidad de resistencia de las personas y hacía que fueran propensas a sufrir diarrea, disentería y edemas; en la ciudad de Brescia, en el norte de Italia, los hospitales acogieron casi trescientos casos de escorbuto solo durante la primera mitad de 1816. El tifus, transmitido por el piojo, se propagó con particular rapidez, afectando a casi todas las ciudades de Inglaterra y Gales, Escocia e Irlanda: solo en 1818 se registraron unos 32.000 casos de esta enfermedad y 3.500 perdieron la vida por esta causa en Glasgow, ciudad que por entonces tenía 130.000 habitantes. Las medidas de socorro contra el hambre solo impidieron que la enfermedad se propagara con más rapidez aún. En Irlanda, un médico consideraba, con no poca razón, que «el contagio se había propagado rápidamente debido al número de gente que andaba vagando en busca de subsistencia, y también por los establecimientos encargados de distribuir sopa y otras provisiones entre los pobres, en los que se congregaban auténticas multitudes».

La peste bubónica se propagó rápidamente por los Balcanes, llegando en 1815 a Italia, donde causó la muerte a una séptima parte de la población de la localidad italiana de Noja, cerca de Bari, a orillas del Adriático; cuando llegó a las Baleares devastó la población de las islas, causando en total 12.000 muertes en 1820. Un gran número de personas murió de la peste en Bosnia, quizá un tercio o más de la población urbana y una cuarta parte de la población rural. Desesperadas por el hambre, las gentes huían en manada de las zonas rurales hacia las ciudades infectadas en busca de comida, saltándose las cuarentenas y los cordones sanitarios. La población de la localidad dalmata de Makarska disminuyó de 1.575 a 1.025 individuos como consecuencia de la epidemia, mientras que la aldea de Tučepi perdió a 363 de sus 806 habitantes. La administración otomana, que todavía gobernaba la mayor parte de los Balcanes, era incapaz de hacer frente a aquellas calamidades. Aquel fue el último gran estallido de la peste en Europa, y fue muy grave. Un estudio histórico de la epidemia ha llegado a la conclusión de que «la catástrofe sanitaria y demográfica que asoló Bosnia durante los años 1815-1818 no tuvo parangón en ningún otro país europeo desde los tiempos de la Peste Negra de 1347-1351». En el Mediterráneo occidental, los puertos de mar improvisaron precipitadamente medidas de cuarentena antes de acoger a los barcos que

atrataban en ellos, mientras que en la monarquía de los Habsburgo las provincias de la Frontera Militar, esto es, los confines provistos de fuertes guarniciones que la separaban del imperio otomano, supusieron una barrera más frente a las comunicaciones. Estas instituciones resultaron en buena parte eficaces, impidiendo que la plaga se extendiera hacia el norte y hacia el oeste. No obstante, el efecto conjunto de todos estos factores, en particular las malas cosechas y las enfermedades epidémicas, fue el incremento de la mortandad en toda Europa. En la mayor parte de la Europa occidental las tasas de mortalidad subieron entre el 8 y el 9%, pero algunas zonas se vieron particularmente afectadas; por ejemplo, los índices de mortalidad se duplicaron en el este de Suiza durante este mismo período.

A partir de 1816, Europa experimentó la oleada más generalizada y violenta de motines contra la escasez de grano desde la Revolución Francesa. En Anglia Oriental la muchedumbre hambrienta, blandiendo porras claveteadas de pinchos y pancartas que rezaban «Pan o sangre», destrozó las casas de los presuntos especuladores exigiendo la rebaja de los precios del pan y de la carne. En el norte de Inglaterra y Escocia, el populacho se incautó de los almacenes de grano y atacó las casas de los molineros, los tenderos y los comerciantes de cereal. En muchos lugares de Francia, grupos de gente se encargaron de impedir el traslado del grano fuera de su comarca, mientras que en Italia los graneros y las panaderías fueron saqueados, produciéndose también grandes asonadas en demanda de pan en Augsburgo y en Múnich. Cuando en junio de 1817 los precios de los cereales alcanzaron unos niveles sin precedentes hasta entonces en los Países Bajos, la muchedumbre asaltó y saqueó las panaderías, y utilizó el segundo aniversario de la batalla de Waterloo para protestar contra el precio del pan. La muchedumbre asaltó las granjas en el este de Francia y los motines fueron tan numerosos que a algunos les recordaron la movilización de campesinos de 1789 llamada la Grande Peur (el «Gran Miedo»). En muchos casos esos disturbios adoptaron un tono decididamente político, sobre todo en la sublevación masiva de Lyon de 1817, desencadenada por los rumores que empezaron a correr acerca del inminente regreso de Napoleón. El 10 de marzo de 1817 en Mánchester, varios cientos de tejedores (los *Blanketeers* o manteros) tomaron la resolución de viajar a Londres para exigir medidas que aliviaran la crisis de la industria algodonera. En junio la política tuvo bastante que ver en la sublevación fallida de Nottingham, llamada la «revolución de Pentrich», y también en la insurrección de Breslavia del 23 de agosto de ese mismo año, cuando

los reclutas se negaron a prestar el juramento de lealtad de la milicia prusiana. Si nos fijamos en estos disturbios desde una perspectiva europea en general, es evidente que fundamentalmente fueron causados no ya por factores políticos locales o nacionales, sino por la crisis de subsistencia, por el desempleo y la indigencia masivos, y en muchos casos por el temor de que pudiera sobrevenir algo peor. De los 2.280 procesos emprendidos en Francia durante el Terror Blanco de los años posnapoleónicos, la inmensa mayoría tuvieron que ver con delitos tales como obligar a bajar los precios del pan, impedir el envío de cargamentos de grano, resistirse a los recaudadores de impuestos o cortar árboles en bosques de propiedad privada. La política contrarrevolucionaria desempeñó solo un papel marginal.

Incluso cuando la crisis empezó a remitir en 1819, los motines persistieron. Una concentración de protesta pública de cerca de 60.000 personas organizada en el mes de agosto en St. Peter's Field, en Mánchester, fue dispersada a tiros por el Ejército en una acción bautizada popularmente como la «matanza de Peterloo», en una alusión irónica a la batalla de Waterloo; quince manifestantes perdieron la vida. Ese mismo año se generalizaron las algaradas de tintes antisemitas por toda la Europa occidental y central, que recibieron el nombre de movimiento Hep-Hep, disturbios atribuidos por las autoridades inquietas a las maquinaciones de ciertas sociedades secretas. Con toda verosimilitud fueron consecuencia del resentimiento popular contra el éxito comercial percibido de los empresarios y hombres de negocios judíos en una época de penuria económica generalizada. Artesanos enfurecidos, azuzados en las ciudades universitarias por grupos de estudiantes radicales, llevaron a cabo ataques físicos contra los judíos, destruyeron sus propiedades y obligaron a muchos a huir. Los disturbios se propagaron desde Wurzburg hasta Karlsruhe y Heidelberg, y siguiendo el Rin hasta Fráncfort, llegando por el norte hasta Copenhague y las localidades vecinas, donde los marineros se unieron a la población para arrojar piedras contra las casas de los judíos, por el este hasta Cracovia, Danzig, Praga y Riga, y por el oeste hasta los departamentos franceses del Alto y Bajo Rin y del Mosela. Como se produjeron ataques contra la propiedad, las autoridades actuaron con decisión en todas partes con el fin de sofocar los disturbios, y en 1820 la oleada de algaradas ya había cesado. También en este caso, la participación en algunas ciudades de personas acomodadas y de estudiantes universitarios dio a aquellos tumultos un elemento político que resultaba sumamente alarmante para las autoridades.

La crisis posnapoleónica y los disturbios que la acompañaron en toda Europa, pese a lo desigual de su distribución tanto por su incidencia como por su impacto, empujó a los gobiernos a adoptar medidas de bienestar y de auxilio social, dando pie a la aceptación general de la obligación que tenía el Estado de dar los pasos necesarios para aliviar la miseria de los sectores más empobrecidos de la población. En 1815-1819 la capacidad de los estados europeos de poner en práctica este principio fue a menudo muy limitada. Los frecuentes cambios fronterizos de las décadas anteriores, el hecho de que los estados recién creados estuvieran todavía ocupados en montar su maquinaria administrativa y su extensión a las zonas más alejadas, y las dificultades a la hora de llevar grano a las partes más deprimidas del país —en una época en la que los caminos aún eran a menudo muy rudimentarios, todavía no existía el ferrocarril, los canales eran escasos y los ríos apenas navegables—, todo eso suponía que los habitantes de las regiones más apartadas se vieran condenados a morir de hambre, a menos que emigraran a lugares más próximos a los centros de poder. Pero los disturbios contribuyeron también a incrementar el temor generalizado entre las élites a que el descontento pudiera dar lugar a una revolución, como había sucedido en 1789, con todas las consecuencias que había tenido. Resultado de todo ello fue que el acomodo posnapoleónico prestara tanta atención a evitar la revolución y a reprimirla allá donde diera la impresión de que estaba teniendo lugar, como a frustrar cualquier ambición militar y política de Francia que pudiera constituir una amenaza en el futuro.

#### DESPUÉS DE NAPOLEÓN

Antes de que las potencias europeas vencedoras lograran poner punto y final a las guerras de la Revolución Francesa y a las guerras napoleónicas del pasado, tuvieron que hacer frente al repentino regreso de Napoleón de su exilio forzoso en la isla mediterránea de Elba. La monarquía francesa restaurada en la persona de Luis XVIII (1755-1824), hermano del ejecutado Luis XVI (1754-1793), había tenido problemas casi de inmediato, al verse superada por la necesidad de pagar el legado de la guerra. Mantuvo las impopulares tasas impuestas por Napoleón, impuso recortes al gasto del Ejército y reinstauró la censura después de décadas de apasionados debates. La proclamación de un catolicismo combativo como religión oficial del Estado la malquistó con muchos franceses cultos. Ha-

bía el temor generalizado a que el rey intentara restituir las tierras confiscadas por la Revolución a sus propietarios originales, clérigos y aristócratas. El regreso de Napoleón desencadenó, por tanto, un estallido de sentimiento popular a favor de preservar el legado de la Revolución. «La gente del campo —comunicaba un funcionario local desde el centro de Francia— manifiesta un extraordinario sentimiento de entusiasmo [por Napoleón]; cada noche se encienden hogueras en lugares eminentes, y hay celebraciones públicas en muchos municipios.» Y a modo de conclusión añadía: «Suele afirmarse que si el emperador no hubiera vuelto para poner a los aristócratas en su sitio, los campesinos se habrían encargado de masacrarlos».

Pero estos estallidos de entusiasmo, acompañados de manifestaciones de apoyo por parte de los obreros de París, ofendieron a numerosos notables de la burguesía, y el antiguo emperador se enfrentó además a la hostilidad del clero. En zonas como la Vendée, el Midi o Bretaña, tradicionalmente favorables a la monarquía, no logró conseguir mucho apoyo. Fue sobre todo entre sus antiguos soldados, irritados por los despidos en masa y por las medidas económicas impuestas por la monarquía restaurada, entre los que Napoleón se hizo popular. «Solo tengo a mi lado al pueblo y al ejército hasta el grado de capitán —comentó el emperador—. El resto tiene miedo de mí, pero no puedo fiarme de ellos.» Su llegada puso de manifiesto las profundas divisiones dejadas en la sociedad francesa por un cuarto de siglo de cambio revolucionario. No obstante, al cabo de unas semanas de su desembarco en Francia el 1 de marzo de 1815, fue capaz de reunir cien mil hombres, mientras que los responsables de la administración local, en su mayoría nombrados por él, llevaron a cabo su labor de reclutamiento como habían hecho antes, y los veteranos se unieron bajo la bandera imperial. Interrumpiendo las negociaciones de paz que habían emprendido, los aliados actuaron con celeridad, temerosos de que, si continuaba mucho tiempo en el poder, el ex emperador reanudara rápidamente su carrera de conquistas y de búsqueda de la gloria. Al cabo de unas semanas también ellos lograron reunir una fuerza militar formidable, compuesta por 112.000 soldados británicos, holandeses y alemanes al mando de Arthur Wellesley, duque de Wellington (1769-1852). Consiguieron cortar el paso al ejército de Napoleón en la localidad de Waterloo el 18 de junio de 1815, hasta que a las 4.00 de la tarde llegaron otros 116.000 soldados prusianos al mando del veterano general Leberecht von Blücher (1742-1819), del que Napoleón pensaba erróneamente haberse deshecho dos días antes en la batalla de Ligny. Blücher vino en auxilio de

los británicos y se unió a ellos en un ataque final que echó a los franceses fuera del campo de batalla y arrojó a Napoleón a otro destierro forzoso, esta vez, para mayor seguridad, a una remota isla del Atlántico, Santa Elena, donde murió el 5 de mayo de 1821.

Napoleón dejó tras de sí una leyenda política que rápidamente se convirtió en un poderoso mito entre los liberales, escritores, políticos, oficiales del ejército y estudiantes, animados por el giro (auténtico o no tan auténtico) hacia las ideas liberales que dio el propio emperador durante los Cien Días previos a Waterloo en un intento de ampliar sus apoyos. Mucho más consciente de la debilidad de su situación, Napoleón había dado importantes pasos para tranquilizar al mundo y convencerle de que sus sueños de conquista habían terminado, y a los franceses de que iba a respetar los derechos y libertades del ciudadano y de que no volvería a comportarse como un dictador imperial. Continuó en esa misma línea en sus escritos del destierro hasta su muerte. Durante las décadas sucesivas, la leyenda del «emperador liberal» se reforzó todavía más. «Estando vivo —señalaba el escritor François-René de Chateaubriand (1768-1848)—, el mundo se le escapó de las manos; muerto, lo conquista de nuevo.» En Francia, el «bonapartismo» se hizo sinónimo de patriotismo, del sufragio universal de los varones, de la soberanía de la nación, de las instituciones de una administración burocrática, centralizada y eficiente que trataba con equidad a todos los ciudadanos, de la consulta periódica del pueblo por parte de su gobierno a través de plebiscitos y referéndums, y de un contrato implícito entre los franceses y el Estado que comportaba orden social y estabilidad política, orgullo nacional y gloria militar. No muy alejado del republicanismo, el bonapartismo se diferenciaba de él por el mayor énfasis que ponía en una autoridad fuerte y en la gloria militar. Pero al igual que el republicanismo, echó profundas raíces en sectores muy significativos de la población francesa.

Tras reanudar sus vidas pacíficamente en las ciudades o en el campo, los antiguos soldados de los ejércitos de Napoleón propagaron sus ideas entre los franceses durante varias décadas después de la derrota final del corso en 1815. La que mayor fuerza llegó a tener fue la inspiración política del golpe de Estado militar del 18 de brumario (9 de noviembre) de 1799, que supuso el derrocamiento del Directorio revolucionario, elevó a Napoleón al poder como primer cónsul, y lo llevó a establecer el primer imperio francés en 1804. En particular durante la década de 1820, los oficiales radicales de toda Europa pensaron que aquella era la manera más rápida y eficaz de acabar con los regímenes represivos de la Restauración y de lle-

var a cabo una transformación liberal del sistema político en cualquier sitio. Mientras tanto, la imagen de Napoleón era ensalzada en incontables relatos populares y panfletos baratos, canciones folclóricas, cuadros y esculturas, viejas monedas imperiales, tabaqueras y baratijas, pañuelos y gorras, incluso en golosinas infantiles, con bombones y confecciones de azúcar fundido con la figura del emperador o caramelos baratos envueltos en papeles cubiertos de símbolos napoleónicos. Los hombres lucían bigotes extravagantes para demostrar su admiración por la Vieja Guardia de la Grande Armée, cuyos integrantes se jactaban de sus magníficos mostachos, y se ponían violetas o claveles rojos en el ojal para desafiar la prohibición impuesta a esos colores imperiales por la monarquía francesa restaurada. También fuera de Francia para muchos el culto a Napoleón venía a representar la admiración por los logros de la Revolución, traducidos en la reforma llevada a cabo con determinación tras los excesos del Terror de comienzos de la década de 1790. Los republicanos irlandeses y los nacionalistas polacos buscaron inspiración en Napoleón para sus luchas políticas. Simón Bolívar (1783-1830), el libertador venezolano que arrancó grandes áreas de Sudamérica de la dominación española, admiraba tanto a Napoleón que viajó hasta Milán para ver cómo su héroe era coronado rey de Italia. En China y Madagascar, algunos veneraban a Napoleón como si fuera un dios.

En la propia Francia hasta la propia batalla de Waterloo se convirtió, vista en retrospectiva, en una especie de victoria de los franceses, en una celebración del valor contra todo pronóstico, del patriotismo y del sacrificio personal en nombre de la «Gran Nación». «La Vieja Guardia muere —se supone que dijo en Waterloo el general Pierre Cambronne (1770-1842)—, pero nunca se rinde.» Poco importaba que la cita fuera con toda probabilidad una invención de época posterior, y que Cambronne acabara rindiéndose: su actitud desafiante ejerció una poderosa fascinación para las generaciones futuras. En *La cartuja de Parma* (1839), de Stendhal (pseudónimo de Henri-Marie Beyle, 1783-1842), el protagonista de la novela, Fabrice del Dongo, se une a Napoleón por puro idealismo, mientras que en *Rojo y negro* (1830), del mismo autor, la Francia posnapoleónica retratada es un país de hipocresía, esnobismo y autosuficiencia. Otro novelista francés, Victor Hugo (1802-1885), dedicó más de cuarenta páginas de su obra *Los miserables* (1862) a reproducir la batalla de Waterloo, especulando en muchos momentos con cuánta facilidad habría podido acabar de otra manera. El plan de batalla de Napoleón había sido «magistral», pero se había visto frustrado por la lluvia («unas cuantas gotas de

agua)), que retrasó el movimiento inicial de la artillería, por la configuración del terreno, por la fortuna, y por la táctica de manual de Wellington («Wellington era el Baréme [es decir, el especialista en la estrategia técnica] de la guerra, Napoleón el Miguel Ángel ... esta vez el genio fue vencido por el cálculo ... Waterloo fue una batalla de primer orden, ganada por un capitán de segunda fila»). De haber vencido Napoleón, las cosas habrían sido muy distintas. «Waterloo no fue una batalla; fue un cambio en el rumbo del mundo.»

En realidad, la derrota final de Napoleón no fue puesta nunca en duda; aunque Wellington, como dio la impresión de que pudiera suceder en más de un momento, estuviera a punto de ser echado fuera del campo de batalla antes de que llegaran Blücher y sus prusianos, Napoleón habría acabado por ser vencido por la mera contundencia numérica de los aliados. Un gran ejército capitaneado por los austríacos se hallaba acampado en la margen derecha del Rin, y una gigantesca fuerza rusa marchaba hacia el oeste, y había llegado ya a Alemania en el momento en que se libraba la batalla de Waterloo. Sencillamente Napoleón no fue capaz de reunir tropas suficientes para poder compararse con cualquiera de estos contingentes, y menos aún con los dos a la vez. No obstante, el espectro evocado por el regreso de Napoleón, de que pudieran llegar a repetirse los conflictos del último cuarto de siglo, había resultado alarmante en extremo. Había inducido a los monarcas de Gran Bretaña, Austria, Prusia, Rusia y muchos otros estados europeos más pequeños a llevar a cabo una intervención concertada en los asuntos de otra nación soberana. Eso ya había ocurrido antes, en la década de 1790, pero entonces al menos había habido la excusa de que los revolucionarios de Francia amenazaban la vida del rey y de su esposa, María Antonieta, hermana del emperador austríaco. Aparte de eso, habían amenazado con extender los principios democráticos de la Revolución a otros lugares de Europa. Lo sorprendente de la intervención de 1815 fue su carácter absolutamente preventivo. Sentó las bases para ulteriores acciones de este tipo durante los años venideros. Siempre que la amenaza de la revolución pareciera inminente, las grandes potencias de Europa estarían claramente dispuestas a unir sus fuerzas para sofocarla antes de que se hiciera realidad.

Meter de nuevo al genio del cambio revolucionario en la botella de la historia no fue fácil. En efecto, la destrucción acarreada por las guerras ocasionadas por Napoleón y sus predecesores desde comienzos de la década de 1790 no había sido solo física. Napoleón había trazado de nuevo el mapa de Europa varias veces, anexionando grandes zonas del continen-

te a Francia, desde las ciudades de la Liga Hanseática al norte y los Países Bajos al noroeste hasta Italia por el sur, creando un imperio francés que en su momento de máximo esplendor ocupaba casi 500.000 kilómetros cuadrados y daba cabida a 44 millones de personas. Todo ese territorio lo había rodeado de un anillo de estados satélites, a menudo gobernados por sus parientes, entre ellos el gran ducado de Varsovia, el reino de Italia y el reino de Westfalia. El Sacro Imperio Romano Germánico, creado por Carlomagno en 800, había llegado a su fin de forma muy poco gloriosa en 1806. Muchos de esos cambios serían revocados en 1815, pero Napoleón había demostrado que las fronteras no eran inmutables. Además había otros cambios. El poder de la Iglesia había sido reducido, siendo secularizadas grandes superficies de terreno y siendo borrados del mapa los estados eclesiásticos. El registro de nacimientos, bodas y fallecimientos había sido traspasado a las autoridades seculares. Muchos monasterios habían sido clausurados, y el poder de la Iglesia había sido reducido más aún en muchas zonas debido a la introducción de la libertad de religión, el matrimonio civil y el divorcio, la educación laica y el nombramiento de los clérigos por el Estado. La Iglesia había sido presionada además para que admitiera la introducción de la libertad de cultos y la concesión de una buena dosis de igualdad de derechos a los no cristianos, y en particular a los judíos.

En todos los lugares en los que había gobernado Napoleón había sustituido unas costumbres y unos privilegios rancios ya por la racionalidad y la uniformidad. Mientras los ejércitos del emperador corrían desbocados por Europa, sus burócratas avanzaban en silencio detrás de ellos, reorganizándolo, sistematizándolo y normalizándolo todo. En las zonas que Francia se había anexionado y en los territorios fronterizos en los que había establecido estados clientes, particularmente en el oeste de Alemania, el norte de Italia y los Países Bajos, había surgido una nueva generación de burócratas profesionales encargados de administrar las cosas mientras Napoleón estaba ausente dirigiendo sus inacabables campañas militares. Las jurisdicciones locales y regionales, como las que ostentaban cientos de caballeros imperiales en el Sacro Imperio Romano Germánico, y los tribunales eclesiásticos y señoriales, habían sido sustituidas por un sistema de uniformidad centralizada, administrada por una burocracia judicial. En todas esas zonas, el Código Napoleónico había eliminado las leyes y ordenanzas preexistentes, a menudo ligadas a la tradición, introduciendo un elemento clave de igualdad ante la ley, aunque en ciertos aspectos este principio fundamental de la Revolución Francesa

había sido modificado por la visión más conservadora que tenía el emperador de asuntos tales como los derechos y deberes de la mujer. Allí donde el Código estaba vigente, los derechos de propiedad estaban garantizados como no lo habían estado nunca en muchas zonas. El Código respetaba muchas de las ideas clave de la Revolución Francesa, incluida la libertad del individuo y, como el propio Napoleón proclamaría en su testamento, la igualdad de oportunidades, «la carrera abierta al talento», y «el imperio de la razón». Pesos y medidas habían sido estandarizados, al menos hasta cierto punto, las aduanas internas habían sido eliminadas, los gremios y otras restricciones a la libertad de movimientos de los trabajadores habían sido abolidos, y los siervos habían sido liberados (incluso en Polonia). Napoleón había llevado los cambios a todas partes, y cuando marchó a su destierro definitivo en Santa Elena en 1815, era evidente que muchos de ellos ya no podrían ser revocados.

El legado de Napoleón llegó mucho más lejos. Las guerras de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX habían tenido una magnitud no solo europea, sino global. Habían hecho añicos algunos imperios globales ya existentes y habían allanado el camino al establecimiento de nuevas relaciones entre Europa y el resto del mundo. El dominio británico en buena parte de América del Norte había sido destruido ya por la guerra de independencia americana. Pero, a su vez, los ingleses habían acabado con lo que quedaba del poder de Francia en Canadá y en la India, y se habían apropiado de las colonias holandesas y españolas del Caribe, anexionándose además la isla Mauricio, el cabo de Buena Esperanza, Singapur y Ceilán. Surgieron movimientos republicanos, inspirados por la Revolución Francesa y apoyados por los británicos, en toda América Latina. Su figura más destacada, Simón Bolívar, reclutó diversos ejércitos no regulares formados por mestizos y americanos nativos para derrotar a las fuerzas de la corona y establecer una serie de estados independientes correspondientes a los antiguos virreinos españoles —Venezuela, Colombia, Bolivia, Ecuador y Perú—, mientras que otros movimientos similares más al sur habían dado lugar a la creación de Chile y Argentina, Uruguay y Paraguay, como estados independientes o autónomos. Entre 1811 y 1824 el imperio español de las Américas fue destruido. España había quedado demasiado debilitada por la devastadora guerra de la Independencia (1808-1814) para reclutar tropas suficientes que le permitieran imponerse: y en cualquier caso, de los 42.000 soldados enviados a América entre 1811 y 1819, en 1820 solo quedaban 23.000; el resto había sucumbido a las enfermedades y a la desertión. La Armada española, destruida en la batalla de

Trafalgar (1805), fue incapaz de bloquear los puertos sublevados y no pudo derrotar a la Armada rebelde al mando de un radical, antiguo oficial de la marina inglesa, lord Thomas Cochrane (1775-1860). El poderío naval era vital para el movimiento independista sudamericano, y fue el poderío naval de los ingleses el que inclinó la balanza a su favor.

El gobierno británico, pese a permanecer aparentemente neutral, hizo la vista gorda ante individuos como Cochrane, que aseguraban el suministro de materiales ingleses. Le interesaba mucho abrir América Latina al libre comercio, y cuando Inglaterra reconoció a los nuevos estados en 1823, la Doctrina Monroe, proclamada por el presidente de Estados Unidos, que se oponía a todo tipo de intervención europea en las Américas, puso fin a cualquier acción ulterior. En 1826, el secretario del Foreign Office británico George Canning (1770-1827) justificaría los largos años de apoyo de Inglaterra a Bolívar en los siguientes términos: «Determiné que si Francia tenía España, no tendría España y además las Indias. Hice nacer el Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio del Viejo». Para entonces, Brasil también se había independizado de Portugal, una vez más como consecuencia de las guerras napoleónicas. Cuando los franceses conquistaron Portugal en 1807, el regente don Juan (1767-1826), en nombre de la reina María la Loca (1734-1816), se trasladó a Río de Janeiro y estableció allí la corte, proclamando a Brasil estado plenamente soberano con todos los derechos y privilegios que ello comportaba. Esto redujo a Portugal a la condición de mera provincia de Brasil, especialmente cuando don Juan, al convertirse en rey a la muerte de María en 1816, decidió permanecer en Río. En 1820, ante los disturbios políticos desencadenados en Portugal, don Juan se vio obligado a regresar a Lisboa en calidad de rey. Y además no tuvo más remedio que aceptar la política de restablecimiento de las restricciones mercantiles sobre el comercio con Brasil. Esto a su vez llevó a su hijo don Pedro (1798-1834), a la sazón regente de Brasil, a ceder a las presiones mercantiles brasileñas y a convertirse en rey de una monarquía constitucional independiente de Brasil en 1822. La intervención portuguesa fue derrotada por la flota del almirante Cochrane, y los ingleses reconocieron la soberanía brasileña en 1825.

El fin de los imperios europeos en las Américas estuvo, pues, ligado inextricablemente a los acontecimientos ocurridos en Europa: el fermento de ideas generadas por la Revolución Francesa; la afirmación del poderío marítimo británico en la campaña diseñada para abrir al mercado libre nuevas zonas de Sudamérica controladas por el mercantilismo; la ruptura de los contactos entre las Américas y las metrópolis coloniales europeas

debido a la guerra; y la insistencia de los estados europeos en imponer rígidas regulaciones económicas y tasas, en algunos casos nuevas, a las colonias americanas, cada vez más prósperas y autónomas. Al mismo tiempo, los acontecimientos que se desarrollaron en las Américas tuvieron también profundas repercusiones sobre Europa. Para los liberales, los radicales y los revolucionarios europeos, Latinoamérica (con la excepción de Brasil, donde la esclavitud no sufrió prácticamente cambio alguno durante las décadas siguientes) se convirtió en el ejemplo clásico del éxito de los movimientos en pro de la emancipación y la liberación. Las guerras de liberación de Bolívar proporcionaron un nuevo modelo de heroísmo que, con el tiempo, hallaría una nueva encarnación en la figura carismática de Giuseppe Garibaldi (1807-1882), que regresaría del exilio en Uruguay y Brasil para encabezar la lucha popular en pro de la unificación de Italia.

Los vínculos entre los liberales hispanoamericanos y europeos fueron múltiples y estrechos. Los revolucionarios latinoamericanos publicaron celosamente en el Viejo Continente justificaciones de sus acciones y mantuvieron correspondencia con una sorprendente pluralidad de pensadores europeos. El padre de la independencia guatemalteca, José Cecilio del Valle (1780-1834), por ejemplo, intercambió regularmente cartas con Jeremy Bentham (1748-1832) y Alexander von Humboldt (1769-1859), que, por su parte, había efectuado grandes viajes por la América Central y meridional. Al mismo tiempo, exiliados italianos como Giuseppe Pecchio (1785-1835), obligados a abandonar Italia y marchar a Inglaterra a raíz de la fallida sublevación de 1821, asesoraron a algunos liberales latinoamericanos, como el propio Del Valle, mientras que un grupo de emigrados italianos, entre los cuales destaca Claudio Linati (1790-1832), tomaron parte activamente en la política de las luchas de la revolución mexicana entre las facciones de los «yorkinos» y los «escoceses», cuyos nombres derivaban de su adscripción a sendas logias masónicas. El ejemplo de Latinoamérica fue particularmente poderoso en el sur de Europa, donde la distancia lingüística era menor que respecto de alemanes, polacos y rusos. Los liberales y los revolucionarios obligados a marchar al exilio por los regímenes reaccionarios de la Restauración formaron una especie de internacional radical cuyas conexiones se extendían por todo el Atlántico.

Los sucesos de la era de la Revolución y de Napoleón modificaron el equilibrio de fuerzas entre las diferentes partes del mundo. Ello no fue el resultado de ningún proceso a largo plazo en virtud del cual Europa fue volviéndose superior a otras partes del globo en términos de competitivi-

dad, dedicación religiosa, o cultura. Los grandes imperios preindustriales no eran nada insólito en el mundo de los siglos xvii y xviii. El imperio chino en particular dejaba pequeños en tamaño a los imperios europeos. El imperio otomano, aunque llegó a su máximo apogeo en torno al año 1700, tras el fracaso del asedio de Viena en 1683, seguía cubriendo una enorme franja de territorios, desde el sureste de Europa y el norte de África hasta el océano Índico y Oriente Medio. Hasta la década de 1750 los estados islámicos seguían gobernando la India y el Sureste Asiático. En África, grandes estados como Oyo o Benín controlaban una gran diversidad de territorios y pueblos. Pero la invasión de Egipto por Napoleón socavó el dominio del imperio otomano sobre la región y amenazó su hegemonía sobre el mundo musulmán con la captura del centro doctrinal de la mezquita de al-Azhar, en El Cairo. Diversos movimientos fundamentalistas habían planteado un reto más a la legitimidad otomana. Los ingleses habían detenido al emperador mogol de la India y habían invadido los palacios reales de Java. En China la expedición a Pekín capitaneada en 1793 por lord George Macartney (1737-1806) había dado lugar a una larga relación, cada vez más problemática, con los estados europeos, mientras que la muerte del emperador Qianlong en 1799 había socavado más directamente la legitimidad de la dinastía Qing, al tiempo que estallaban diversas luchas de facciones y revueltas contra la corrupción del régimen, surgidas paulatinamente en una provincia tras otra.

Las guerras globales que terminaron en 1815 socavaron la legitimidad de los gobernantes en todas partes, no solo en Europa. Cuando llegaron a su final, las relaciones entre Europa y el resto del mundo habían variado de modo trascendental. Otros estados a lo largo y ancho del globo habían logrado incrementar su producción y su prosperidad durante el siglo xviii, siguiendo en buena parte el ritmo del desarrollo económico europeo; pero en 1815 todos ellos habían quedado rezagados, debido al impacto de la competencia europea. China estaba volcada en solventar sus propios asuntos internos, lo mismo que Rusia y Estados Unidos; ninguno de ellos aspiraba a desempeñar un papel global en el siglo xix, aunque todos fueran capaces de ejercerlo. Francia se hallaba agotada por las continuas guerras, mientras que su economía, camino de la industrialización en el siglo xviii, en 1815 había quedado hecha añicos. Lo mismo que España y Portugal, Francia había perdido la mayor parte de su imperio ultramarino. En 1815 los ingleses no tenían ningún rival serio. No obstante, los prolongados conflictos de la época habían estimulado a los estados europeos a reformarse de arriba abajo; de hecho, muchos se habían visto obligados a adop-

tar algunos de los principios defendidos por los franceses para vencer a Napoleón en su propio terreno.

El reino de Prusia, por ejemplo, se había visto obligado a liberar a sus siervos de los deberes y obligaciones más onerosos a los que habían estado sujetos, a modernizar su ejército y a reformar la administración burocrática del Estado con el fin de hacerla más eficaz. El ministro reformista del zar Alejandro I, Mijaíl Speranski (1772-1839), brillante administrador de orígenes humildes, había encabezado la centralización del destar-talado aparato burocrático del estado ruso reduciendo drásticamente el poder de la aristocracia sobre la dirección de los asuntos del país y racionalizando la administración mediante un sistema de ministerios funcionales presididos por un Consejo de Estado encargado de examinar atentamente la legislación imperial. Sin embargo, sus planes más amplios de reforma, que incluían la introducción de instituciones representativas, se vieron frustrados, y provocaron su destitución en 1812. Para entonces, en cualquier caso, Speranski había logrado aprobar una gran reforma de la educación y la creación de un nuevo sistema de escuelas secundarias y la fundación de nuevas universidades en varias grandes ciudades. En muchos lugares de Europa, la influencia de Napoleón había dado pie a una mayor eficacia en la administración y en actividades de importancia trascendental como el reclutamiento de tropas y la recaudación de impuestos, mejoras que fueron acompañadas de medidas destinadas a estimular la producción económica, y a permitir que los más emprendedores acumularan riqueza para sí y para sus familias siempre y cuando pagaran al Estado sus correspondientes tributos. La eficacia militar se vinculó de ese modo de manera productiva al desarrollo económico de una manera que el carácter restrictivo y la rapacidad de las políticas económicas de China o el imperio otomano no permitían.

Sobre todo, fue tal vez el dominio europeo —y, como consecuencia de las guerras, fundamentalmente británico— de los mares lo que sentó las bases de la nueva relación hegemónica de Europa con el resto del mundo a partir de 1815. Permitted a los europeos colonizar más partes del globo, como Australia o muchas zonas de África, donde el Estado era débil, inexistente o estaba peor equipado en tecnología militar. Y les proporcionó los medios necesarios para estrangular los centros de producción rivales gracias a su control del comercio marítimo. La fuerza motriz de esta expansión fue un conjunto de ideologías, a las que dieron una expresión concreta la Revolución Francesa y las guerras internacionales que la siguieron, y que legitimaron las convicciones de que las ideas y creencias

de los europeos eran superiores a las de la inmensa mayoría del resto del mundo, excepto allí donde, como en América, ya se habían afincado. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad propagadas por la Revolución Francesa y reclamadas en retrospectiva por Napoleón no cuajaron allí de forma inmediata. Napoleón reintrodujo incluso la esclavitud en Haití tras su abolición por el líder rebelde Toussaint Louverture (c. 1743-1803), inspirado por los ideales de la Revolución Francesa. La idea de la superioridad europea en términos de política de poder y de fuerza económica y tecnológica sobre el resto del mundo se había generalizado antes de 1789; durante los cien años siguientes a 1815, tuvo por primera vez una base reconocible en la realidad. Y de manera crucial a largo plazo el ataque contra los principios hereditarios, iniciado en América y difundido desde Francia por toda Europa, socavó fatídicamente la legitimidad de instituciones tales como la monarquía, la aristocracia, la esclavitud y la servidumbre. Las consecuencias de ese ataque se harían más significativas todavía a medida que fuera avanzando el siglo.

#### EL CONGRESO DE VIENA

El 1 de noviembre de 1814, tras una larga serie de encuentros preparatorios, los jefes de Estado y los representantes de las principales potencias europeas se reunieron en Viena para decidir cómo había que recomponer Europa. Con una breve interrupción que sembró el pánico, pero que duró solo lo que duraron el regreso de Napoleón y su derrota en Waterloo, el congreso permaneció reunido hasta el 8 de junio del año siguiente, y tras él se reanudaron las negociaciones que dieron lugar al acuerdo final del segundo tratado de París de 20 de noviembre de 1815. El congreso no tardó en hacerse legendario por sus abundantes fiestas, diversiones y bailes. Muchos de esos actos fueron increíblemente extravagantes. Los cálculos del número de velas empleadas en el baile de inauguración en una época anterior al descubrimiento de la luz eléctrica como aquella varían entre las 12.000 y las 16.000; para amplificar su potencia lumínica se utilizaron espejos; una asistente a la gala se sintió «deslumbrada y casi mareada» cuando se detuvo a contemplar el espectáculo desde lo alto de la escalera. El acto se vio ensombrecido solo por el robo, según se denunció, de una cuarta parte de las 10.000 cucharillas de plata suministradas para la ocasión. En otro baile, celebrado en la Escuela de Equitación de Viena, algunas damas de la corte aparecieron disfrazadas de elementos de la naturaleza.